

V, como natural protector de la Iglesia de Escocia, debía nombrar, según usos venerables, un lord alto comisario que presidiese, en su nombre, las sesiones de la religiosa Asamblea.

¿Qué hacer? ¿Aconsejaría el Gobierno laborista al monarca que dejara, por esta vez, de designar representante? Esto hubiera sido contrario al espíritu británico. La fe pertenece al mundo interior; es cierto. Pero una organización eclesiástica externa, influyente, poderosa, conviene que esté intervenida y patrocinada por una discreta presidencia del Estado. Y, sobre todo, el pueblo inglés, con un hondo sentido de la continuidad histórica no quiere nunca, sin absoluta necesidad, romper con una tradición.

Cabía nombrar para el cargo a un miembro de la aristocracia escocesa. Tal venía siendo la práctica desde hace siglos. Mas ésta no era tampoco una solución aceptable para un Ministerio que se llama *laborista* porque ha hecho del trabajo el blasón de la moderna nobleza, y que, al gobernar con el rey, aspira, no a rasgar ninguna de las viejas vestiduras, pero sí a poner bajo cada una de ellas el alma de un hombre nuevo. Si sería una revolución disolver allí la Alta Cámara, es otra revolución, de tipo diferente, hacer entrar en ella representantes socialistas envueltos en el manto de grana y armiño de los pares de Inglaterra.

Mac Donald ha resuelto el problema nombrando lord alto comisario de la Iglesia de Escocia a un anciano trabajador de las minas, Jaime Brown, cristiano sincero, probado militante del laborismo. Un hombre en cuya conciencia se funden la moral idealista del Evangelio y la rebeldía social de la emancipación obrera.

En cuanto se anunció esta designación, llovieron los periodistas en el pobre hogar del viejo minero... «¿Y tendrá usted en el Palacio su tradicional *levée*, como un rey?...» «¿Por qué no?—les contestaba Brown—; daré mi recepción matinal con toda la debida solemnidad, acogiendo el simbólico homenaje de los grandes señores y altos dignatarios de Escocia. A mi mujer, la compañera de treinta y tantos años de vida penosa, le costará un poco más acostumbrarse. Pero nos avendremos a todo el ceremonial: guardia, carroza, damas de honor... Demostraremos que un obrero puede hacer las cosas tan bien, con tanto decoro, con tanto respeto de las antiguas tradiciones como cualquier aristócrata... Y luego, cerrada la Asamblea general, dejaremos el real Palacio de Holyrood y volveremos a esta pobre casa, por la que pago diez libras esterlinas al año...»

Interesante—¿no es verdad?—este episodio de la política contemporánea.

Murat, mozo de cuadra, llegó a ser rey de Nápoles, y aún cuentan que hizo colocar con orgullo bajo el dosel del trono el látigo del oficio, como recuerdo de su humilde origen. Pero no estaba dispuesto a empuñar de nuevo la fusta y retornar a las caballerizas. ¡Con qué austera dignidad, en cambio, regresará mañana a su casuca, que le cuesta sus buenos seis duros mensuales, el minero James Brown, después de haber residido en ese Palacio de Edimburgo, por el que todavía vagan las regias sombras de María Estuardo y de Carlos XI! La mina o el solio, ¿qué más da? No hay oficios nobles y oficios serviles. Hay sólo una manera noble—o una manera servil—de desempeñar una función social cualquiera.

No menos interesante resulta el episodio considerándolo desde el punto de vista religioso. ¡Qué lejos están muchos todavía de la delicada espiritualidad que supone! Casi inconcebible nos parece el caso, mirado desde este país, donde la Iglesia oficial se opone a la íntima libertad de la conciencia, y, a la vez, aliándose con todas las fuerzas reaccionarias, lucha contra la libertad política. Aquí, en las naciones latinas, la religión es una potencia conservadora, y el sentido

avanzado suele contentarse, en ese terreno, con un agnosticismo muy próximo al ateísmo.

La Humanidad, sin embargo, no parece marchar hacia una concepción laica de la vida. «Ni laicismo ni dogmatismo», podría ser su fórmula del porvenir. ¿Qué cosa entonces? Una honda, libre, viviente religiosidad, todavía borrosa en el mundo; pero que ya alienta en las almas mejores. Mac Donald, por ejemplo, es un cristiano que lee y explica públicamente la Biblia. Su obra de Gobernante práctico, prudente, realista, toma toda su fuerza interior de un último fondo de misticismo. Es esa una religiosidad, no conservadora sino dinámica, hecha de eterna inquietud y de anhelo infinito que procura, empero, no romper brutalmente las formas del pasado ni herir el candor de las almas sencillas, y hasta mantiene las poéticas ceremonias seculares, las recepciones de Holyrood y los históricos indumentos, con aquella piadosa condescendencia y cordial respeto con que el propio Jesús tocaba la caña resentida, para que no se acabase de quebrar, y la antorcha humeante, para que no se llegase a extinguir...

LUIS DE ZULUETA

(*La Libertad*, Madrid).

## Algo respecto a *indianismos*

EN el segundo de sus interesantes artículos *Sobre dialecto argentino*, el filólogo español don Américo Castro menciona como típicos, a juzgar por la preferencia, los cinco *indianismos* siguientes: *bagual*, *baquiano*, *chancho*, *llapa* y *macana*.

Si hemos de entender por *indianismos* «vocablos procedentes de las lenguas de indios americanos», creo que el asunto vale la pena de algunas observaciones, sin la menor intención polémica, desde luego, y sólo a título de contribución.

Llevo muchos años de estudiar el castellano y sus etimologías, con resultado poco americanista, a decir verdad; o sea con progresivo hallazgo de orígenes peninsulares, especialmente bajos latinos y arábigos. Por donde nuestro castellano resulta mucho más español de lo que parece. Vaya esto de paso, como respuesta, a la numerosa gente que me considera hispanófobo porque no repico el tarro en las procesiones de la raza y otras quimeras de aturdir, o sea de ahuyentar en efecto las cosas serias cuya indagación reportaríanos el alumbramiento de un tesoro común. Que en esto consiste la única verdadera y posible reunión, por ser ella cosa espiritual, no política ni biológica.

Bajo tales conceptos, creo poder sostener que las voces mencionadas por el sabio español, no son *indianismos* seguros, con excepción de una: *llapa*; que la voz *macana* es dudosa, y que *bagual*, *baquiano* y *chancho*, son castellanas. Vamos a verlo.

A semejanza de muchos *americanismos* que tengo estudiados en mis artículos anteriores (*Voces americanas de procedencia arábiga*), *bagual* resulta de una confluencia bajo-latino-arábiga tan convincente como interesante.

La primera fuente es el provenzal *bagás*, *bagat*, que a su vez proviene del latino *vagans*, vagabundo, el cual, en romance primitivo, había hecho ya *bagau*. En la Galia romana, llamaban *bagaudae* a los esclavos prófugos. La metátesis *gual*, procedería de la caída del *ae* sufijo, porque la *d* conviértese fácilmente en *l*; y la transformación de la *v* en *b*, fué corriente desde los tiempos clásicos.

Pero acá interviene la decisiva voz arábiga para precisar la fonesis y la acepción de *bagual*, caballo arisco, cerril.

Mula y mulo, son, respectivamente, en árabe, *baglat* y *bagle*. En Argelia dicen *baglá* cuyo plural hace *bgal*. Y en Marruecos, lo que es decisivo, *be-gal* y *bagal*.